

Enrique Díez-Canedo:

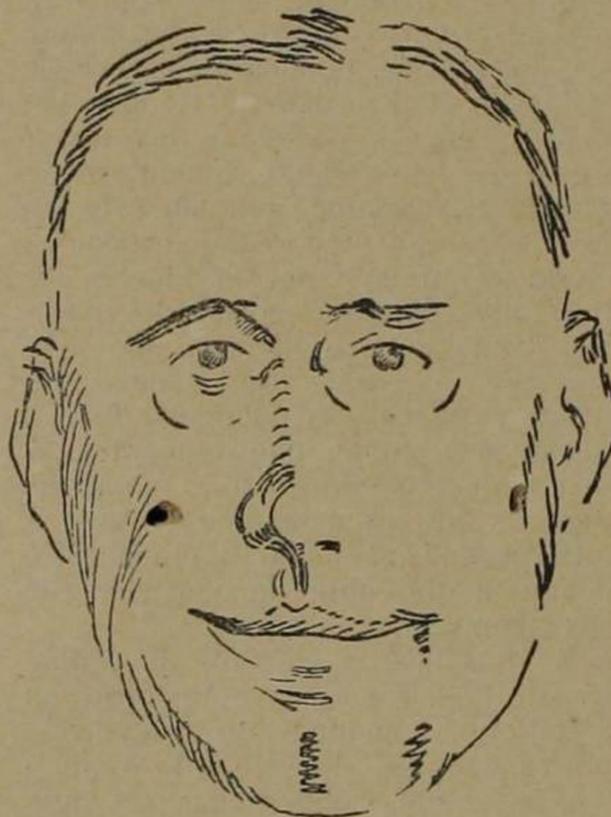
EN el fondo, la crítica... Se suele ser demasiado dogmático y cerrado con esto de la crítica. Se suelen establecer dos funciones incompatibles, entre «crear» y «juzgar», entre la función pura de originar y el ejercicio, aunque sea puro, de examinar. Parece que el crítico es sólo un aparato registrador que, mediante la introducción de una ficha de materia opinable, lanza el *ticket* de un comentario.

Y no es esto.

Como tampoco es real el tipo que se adjudica al «creador»—¡como si todo no fuese creación!—, tipo extraordinario, en cuyo antro genial—cabeza—surte la inspiración «con aquella inconsciencia maravillosa que es el distintivo de un celeste origen», como dijo Castelar. El crítico que previamente no sea artista, ni puede, ni debe, ni sabe discernir en cuestiones estéticas. Empieza por no ser consciente, y por lo mismo, tampoco es responsable. Será un charlatán. Cuando más, un tasador de valores de segundo orden. Pero ha de entenderse la condición de artista en un sentido amplio, interior, temperamental, no en el sentido estrecho, de profesión y cédula, que suelen darle los ejecutantes.

Recíprocamente, el artista, si lo es considerable, ha de ser algo crítico. Autocrítico. Poseer raíz suficiente de crítica previa. Y antes de hacer, considerar. O al mismo tiempo que hace, ir considerando, a sí mismo, lo que va a realizar, y sobre todo, lo que no debe realizar. Porque obra que en teoría no se ha sacado de puntos con la reflexión, no hay—prescindiendo de tópicos—emoción que la salve. Si autocrítica—es decir, conciencia—es la cualidad primordial del artista, autoridad, en su doble sentido, resulta ser la del crítico. Libros, revistas, lenguas vivas y muertas, cultura, vienen luego a informar, lo que en aguda sensibilización tomó forma. La sensibilidad es, en definitiva, el único instrumento de medida de la obra de estesia, de arte. He aquí por qué los poetas son magnífico fundamento de crítico... digan lo que quieran los pintores.

Algunos versos ("Cuadernos literarios")



Enrique Díez-Canedo

(Retrato por J. MORENO VILLA)

Enrique Díez-Canedo es, ante todo, poeta. Si ha cristalizado en crítico, es porque ello cae dentro del sistema. Del sistema sensible, racional por la dirección del impulso, no por la mayor potencia originaria. Y como crítico, goza en nuestro islote—cuasi peñón—literario, fama de rey. De rey de críticos. Un elogio de Canedo, supone una victoria. Algo importante. Una censura—aun templada con suave cortesía—representa un fracaso, o por lo menos una pifia. El silencio o la evasiva de Canedo arrastra consigo la inhibición de los intelectuales ante el libro recién parido. Tal crédito, tal merecido prestigio, lo ha logrado en una larga y constante y triple prueba: de sagacidad, cultura y vigilancia. A base de libros y de vida, pero no encaramado en aquéllos, con el alma muy abierta a lo extranjero y a lo español (sin estricto español), ha ido año tras año indicando figuras, discutiendo tendencias, descubriendo valores... En Canedo se ha transformado, además, el antiguo personaje del crítico, con su aire fiscal, en otro personaje, sin aire fiscal.

Canedo, poeta, muestra una cordialidad muy humana, exenta generalmente de la ironía que luce en sus artículos y en su conversación. Siente la *vida clara*—como subtítulo una parte de su libro—el contorno limpio, lo que hay en las cosas y en los seres de desnudez y ternura. Vida clara, es lo que transparenta la lírica de Canedo; equilibrio de color, matices finos, húmedos, de tarde de otoño después de la tormenta. Esta sensación se advierte bien en los bocetos de *Madrid*—otro subtítulo—digno de uno de los Goya. Del Goya que pinta aquel estudio de la pradera de San Isidro el día del Santo, con sus azules y sus grises vaporosos, fijos para siempre, como la tónica más real—un claro—de la luz de Madrid.

Las calidades plásticas resaltan muy vivamente en los versos de Canedo. La mayor parte de los que se insertan en este libro pertenecen a obras anteriores: *La visita del Sol*, *Versos de las Horas* y *La Sombra del Ensueño*. Otros aparecen ahora por primera vez. En todos ellos se hace notar la actitud de neutralidad personal que el poeta ha guardado con relación a las tendencias líricas de los últimos años. Parece extraño que un hombre como Enrique Díez-Canedo, que vive en perpetuo contacto con la moderna literatura extranjera, no se haya dejado contagiar por ninguna influencia vistosa. Que, sin ser conservador, haya conservado forma y técnica correctas, tan alejadas de la vacua anarquía de los extravagantes como de los fecundos ensayos de los innovadores.

El secreto de tal ecuanimidad reside, indudablemente, en el don de equilibrio y armonía que rige el espíritu del escritor, propicio siempre a resolver en forma de arquitectura impecable todo el contenido de inquietud, complejidad y dolor del alma moderna.

Algunos versos pertenece a la colección «Cuadernos literarios» y lleva un retrato de Canedo, por Moreno Villa, de gran elocuencia psicológica.

ANTONIO ESPINA

(Revista de Occidente, Madrid).